

Racismo y educación

Woldenberg, José

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Woldenberg, J. (1997). Racismo y educación. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(167), 153-160.
<https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.167.49430>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Racismo y educación

JOSÉ WOLDENBERG

Resumen

Si bien las comunidades humanas forman identidades colectivas que las diferencian pero que configuran la pluralidad del género humano, razones de diversa índole alientan el surgimiento de prejuicios de unas contra otras. El racismo es una modalidad de prejuicio ideológico y cultural que considera "inferiores" a determinadas comunidades. En México, ¿existe el racismo? Más que dar respuestas definitivas, el autor ofrece tres "estampas" en las que se pueden detectar síntomas racistas: "el gringo", "lo extranjero" y "el indio". El autor destaca, de igual manera, la importancia de la educación para combatir los prejuicios racistas, entendiendo la educación como un sistema que comprende no sólo a la escuela sino también a los medios masivos de difusión.

Abstract

Albeit human communities form differentiated collective identities that constitute the plural tile of mankind, various circumstances spur the emergence of prejudices amongst them. Racism is a modality of ideological and cultural prejudice, by which certain communities are considered "inferior". Can racism be found in Mexico? Rather than providing definitive answers, the author depicts three "image prints" where racist symptoms are found: "the gringo", "made abroad", "the native indian". The author highlights the value of education against racist prejudices, understanding education as a system that comprises schools and mass media.

Racismo

El desprecio por el otro aduciendo rasgos físicos, culturales, religiosos, configura uno de los lastres más aborrecibles de nuestra época: el racismo.

Las diferentes comunidades humanas suelen establecer un código de entendimiento propio en el que funden usos y costumbres, tradiciones y consejas, y con el que construyen un "nosotros" que les otorga identidad y los separa del resto de las comunidades. Se trata de un fenómeno forjado a través de la historia y que conforma

una especie de archipiélago de grupos humanos, cada uno de ellos con signos distintivos que tienden a singularizarlos.

Puede afirmarse que ese fenómeno natural crea la pluralidad que colorea al género humano. La geografía, la historia, los recursos naturales, las relaciones que regulan la coexistencia en esas comunidades (para recurrir a enunciados más que generales), arman un rompecabezas donde afloran diferencias no sólo raciales, sino culturales, religiosas, sociales, políticas, etcétera.

Ahora bien, como las relaciones que se establecen entre los diversos grupos humanos no suelen ser simétricas sino más bien de tensión, si no es que de dominación, se tiende a observar a los otros como portadores de valores intrínsecos que se consideran despreciables. Es en ese momento en el que el racismo aparece. Se trata de una serie de prejuicios ideológicos y culturales por medio de los cuales una comunidad determinada segrega, condena, desprecia, oprime, a otra. No sólo se establece una relación jerárquica entre unos y otros, sino que se piensa como inferiores a quienes son colocados en los últimos escalones, y en ocasiones incluso como infra-humanos.

El racismo, entonces, puede tener diferentes grados que van desde el desprecio distante hasta la exaltación guerrera en contra de los otros, considerados la causa profunda de los males propios. Se trata de una reacción grupal contra otro grupo, y sirve, también, para su cohesión.

Michel Wieviorka¹ explica cómo el racismo ofrece a sus postulantes una especie de compensación psicológica y anímica. Se trata de un cemento que hace que las personas se sientan pertenecientes a un grupo o a una comunidad, y por ese único hecho se consideren por encima de los otros.

Esa capacidad de adscribir que tiene el racismo y la retribución anímica que carga, son quizá los elementos más difíciles de remover porque ofrecen al racista "algo" que la idea de igualdad del género humano no les puede aportar.

Sobra decir que los nacionalismos extremos y agresivos suelen ser portadores de no pocos elementos racistas, al considerar a los integrantes de la nación como entidades especiales, singulares, en oca-

¹ Michel Wieviorka, *El espacio del racismo*, Barcelona, Paidós, 1992.

siones superiores al resto. Ese nacionalismo con tintes racistas puede observarse en casi cualquier competencia deportiva donde “las pasiones se desbordan”, pero resultan mucho más preocupantes cuando elementos del mismo son utilizados desde el poder público o desde cualquier otro poder de la sociedad como elemento de cohesión social, porque casi de manera inmediata lo que se presentarán son fenómenos de segregación y persecución contra aquellos que en ese momento sean considerados como los otros.

Desde las religiones —cuando éstas no aceptan la pluralidad— suelen igualmente desencadenarse fenómenos de intolerancia, donde el credo se mezcla con elementos físicos o culturales que generan una especie de racismo religioso que, de forma semejante a los nacionalismos, obtiene parte de su fuerza del proceso de denigración del otro.

El racismo, así pues, tiene una larga historia, sus modalidades son innumerables y ninguna comunidad humana está exenta, en principio, de ese flagelo, lo mismo como víctima que como victimaria.

Ha sido la noción de igualdad entre los hombres y la emergencia y consolidación de los derechos humanos lo que ha erosionado de mejor manera las ideologías racistas, y son los resultados catastróficos de las políticas racistas los que han ampliado la preocupación con relación a esa pulsión que, desbocada o utilizada para fines políticos, suele acarrear tragedias sin fin.

México

En México, como en cualquier comunidad singular, existe un “nosotros” diferenciado de los “otros”, es decir, los mexicanos distintos de los demás, de los “no mexicanos”. Esto es, una nacionalidad cuyos signos de identidad la hacen particular. Esa especificidad es propia de toda comunidad que se identifica a sí misma como tal, y es un fenómeno tan natural y regular que no llama la atención.

¿Existen, sin embargo, algunos signos o elementos de racismo en nuestra comunidad?, ¿vale la pena pensar en el tema en un país como México donde los brotes de racismo no parecen poder trascender ciertas fronteras más bien marginales?, o ¿la relación de amplias franjas de población con las comunidades indígenas no está modulada por fórmulas con cierta carga racista?

Más que respuestas propongo tres estampas. Creo que, por lo menos en esas esferas, pueden vislumbrarse algunos gérmenes de racismo o racismo franco y desplegado. Y si uno se equivoca, de todas formas en estas cuestiones más vale pecar por exceso que por omisión.

El gringo. No sólo por la cercanía geográfica ni tampoco por las enormes asimetrías entre los dos países, sino además por las afrentas históricas recibidas (la más fuerte, la pérdida de la mitad del territorio), existe un cúmulo de sentimientos encontrados con relación a los estadounidenses. Lo mismo son, en el imaginario colectivo, la fuente de todos los males nacionales que una sociedad de hombres menores de edad, sin malicia, transparentes.

Se reconocen en ese estadounidense imaginario los valores del trabajo, la innovación, la productividad, el progreso, pero en ese mismo imaginario aparece como alguien torpe, simple, elemental (bastaría ver un buen número de películas mexicanas donde el “gringo” aparece como la afirmación de lo torpe, siempre susceptible de ser burlado por el ingenio mexicano).

Se trata de una especie de racismo socarrón y hasta cierto punto elemental, que por medio de la burla intenta una especie de recompensa ante agravios reales o ficticios. Lo cierto es que lo mexicano frente a lo estadounidense difícilmente suele plantearse como una relación entre iguales (y de allá para acá el racismo suele ser mucho más agresivo), más allá de las asimetrías de todo tipo y de las desigualdades económicas, sociales y políticas que nadie en su sano juicio podría omitir.

Existiría, con relación al gringo, un mundo específico de prejuicios que, codificados, nos podría quizás entregar el listado de las afrentas y los agravios que los mexicanos tenemos o creemos tener en relación con nuestros vecinos del norte.

Lo extranjero. Lo he señalado en otro escrito: el flujo migratorio mexicano hacia Estados Unidos, como todas las migraciones colectivas, ha reconstruido diversas instituciones nacionales en aquel país y conserva una buena dosis de su identidad “original” (idioma, religión, tradiciones, usos y costumbres). De ese fenómeno los mexicanos nos enorgullecemos como una muestra de la fuerza de nuestra cultura.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando hablamos de migrantes que llegan a México, sean éstos españoles, franceses, chinos, judíos, ja-

poneses o alemanes? Si edifican escuelas, deportivos, sanatorios, ligas de futbol particulares, se les acusa de no integrarse al país, de ser refractarios, y entonces tiende a generarse una serie de prejuicios con clara connotación racista. Se le atribuye a X o Y comunidad una serie de rasgos que se piensan como indeseables. Lo que se observa como venturoso para unos (los mexicanos en Estados Unidos) se convierte en indeseable para los otros (los extranjeros en México).

Se trata, sin embargo, de una actitud ante lo otro un tanto temerosa y perjudiciada, pero que hasta donde alcanzo a ver no ha generado fenómenos masivos de racismo contra "lo extranjero". Aunque en el pasado hubo intentos de aprovechar ciertas pulsiones y prejuicios más o menos generalizados en contra de chinos o judíos, por ejemplo, por parte de movimientos nacionalistas de extrema derecha, y de utilizarlos como auténticos chivos expiatorios, no obstante, quizás el caudal más bien pequeño de esas migraciones no ha permitido que esos prejuicios se conviertan en políticas racistas abiertas y con base social.

Como en alguna ocasión me decía un profesor español:

en nuestro país nos ufamamos de no encontrar brotes de racismo como en Alemania o en Francia, pero la única minoría que subsiste en España, la de los gitanos, genera una serie de discursos y prácticas discriminatorias que me hace pensar: ¿cómo reaccionaríamos si el país recibiera a cuatro millones de turcos o a varios millones de africanos del norte?

El indio. El racismo más decantado y extendido en México, paradójicamente, se ejerce contra los indios. Escribo paradójicamente porque, al mismo tiempo que se exaltan las culturas prehispánicas, se desprecia a los indios realmente existentes.

Sin duda, las comunidades indias son el segmento más pobre del país, el más marginado y el peor tratado. Son el rostro del país que muchos quisieran no ver y sobre el que existen más prejuicios y desprecio. La voz "pinche indio" cruza los más diversos estratos de la sociedad y las más diversas latitudes, y es una especie de racismo que no se atreve a decir su nombre.

Suele suceder, cuando el racismo es, al mismo tiempo expresión de abismales desigualdades entre las distintas comunidades, que se

mezcle lo mismo con elementos paternalistas que con tintes vengadores y redentores, es decir, con una explotación del racismo pero ahora al revés.

Es decir, hay racismo lo mismo cuando se piensa en los indios como menores de edad que cuando se les desprecia e incluso también cuando se los exalta como una comunidad incontaminada y pura. Ciertamente sus derivaciones son absolutamente distintas, pero la imposibilidad de un trato en términos de igualdad—lo que no significa no reconocer una serie de peculiaridades culturales o políticas— es, “normalmente”, la piedra de toque del racismo.

Normalizar las relaciones de las comunidades indias de México con las del resto de los mexicanos, es decir, construir relaciones de igualdad, si se quiere en la diversidad, es una de las asignaturas aún pendientes del país, a pesar de los no pocos esfuerzos desplegados en esta materia a lo largo de las décadas e incluso de los siglos.

Educación

La educación no lo puede todo, pero sí puede mucho. Es decir, la educación no es, quizá, capaz de barrer completamente los prejuicios racistas, pero sí puede lograr mucho.

México es, según la propia Constitución, una nación pluricultural a partir de la cual se construye la igualdad formal de todos los ciudadanos del país, los cuales, dado el Estado laico, tienen en todo momento el derecho a profesar la religión de su preferencia o ninguna, si así lo deciden.

Esos elementos centrales y estratégicos para la convivencia civilizada, bien podrían y deberían subrayarse en el proceso educativo.

La noción de pluriculturalidad no sólo reconoce una realidad, sino que permite apreciar y valorar la coexistencia de diferentes expresiones culturales, todas las cuales deben gozar—en principio—de respeto y consideración. Esa fórmula debe permitir combatir chovinismos y exclusivismos de cualquier tipo, y a partir de ella, también, puede precisamente valorarse su diversidad como un capital del género humano.

Se trata de una fórmula que puede servir tanto para apreciar la pluralidad interna como la que modela a todo el planeta. De esa forma

pueden ponerse en el banquillo de los acusados todos los intentos de supremacía, las ideologías que exaltan a unos o desprecian a los otros.

Ahora bien, decía que, "en principio", esa ponderación de la pluriculturalidad nos puede ayudar en los esfuerzos educativos contra el racismo, porque ese "en principio" debe ser complementado con la otra aspiración de la Constitución: la idea de la igualdad fundamental de todos los ciudadanos y por extensión del género humano, que sólo puede ser tal si existe un piso básico que, de manera (casi) universal, se reconozca como el de los derechos humanos o las garantías individuales.

Porque luego de ponderar la diversidad es menester subrayar la igualdad que nos permite hablar del género humano. Esa igualdad, que es una construcción intelectual y cultural, debe ser asumida para evitar los particularismos extremos que tarde o temprano generan diversas fórmulas de racismo o de desprecio por el otro, pero, también porque es la mejor plataforma para, en efecto, desmontar las ideologías racistas.

Insistir en el circuito escolar en la igualdad entre todos los hombres es la mejor fórmula para desactivar prejuicios sociales de todo tipo. Esto último, además, puede y debe reforzarse a partir de la idea de que el Estado laico (como el mexicano) garantiza a todos la libertad de culto, y que la nacionalidad no tiene absolutamente nada que ver con la religión que se profese.

Ésta es, quizás, una de las conquistas civilizatorias fundamentales, ya que al escindir la esfera de la fe de la de la política y en términos más amplios de la propia nacionalidad, permite la coexistencia pacífica y fructífera de diferentes corrientes religiosas y construye un espacio también para todos aquellos no creyentes.

No obstante, el hecho de que esos preceptos se encuentren "consagrados" constitucionalmente, no resulta suficiente. Demasiadas inercias y prejuicios sociales que tienen su asiento y escenario de reproducción en la familia, los barrios, las iglesias, los clubes, es decir, en diferentes ámbitos sociales, tienen que ser atajados y combatidos, y en esa perspectiva la escuela puede desempeñar un papel relevante.

Si, en efecto, la escuela debe, junto al conocimiento científico y el juicio racional, infundir valores, uno de los más relevantes es el aprecio a la pluralidad que cruza al género humano, a partir de su

igualdad básica, preservando la pluralidad que se bifurca tanto en términos políticos como en ideológicos, culturales y religiosos. Porque si aceptamos que la pluralidad realmente existente en su despliegue inercial tiende precisamente a edificar barreras y a construir prejuicios que separan al nosotros de los otros, es necesario un esfuerzo consciente que fluya precisamente en sentido contrario.

En ese terreno la escuela tiene la posibilidad de cumplir con parte del sueño de las corrientes ilustradas, es decir, convertirse en el espacio donde los prejuicios y supercherías de todo tipo sean combatidos y quizás hasta aniquilados.

Ahora bien, a fines del siglo xx, reducir la dimensión educativa al circuito escolar, no sólo sería un craso error “metodológico” sino una forma de ceguera que dejaría de apreciar los nuevos circuitos de socialización, en muchas ocasiones más poderosos que la propia escuela. Me refiero a los grandes medios de difusión masiva (televisión, radio, cine, prensa). Sería conveniente que en todos ellos se reprodujeran de manera natural los valores constitucionales a los que me he referido, porque, de no ser así, el marco normativo y los esfuerzos de las instituciones educativas pueden ser erosionados.

Por fortuna, estamos hablando de una materia donde el país tiene una tradición acumulada nada despreciable, porque la igualdad fundamental consagrada por la Constitución, su reconocimiento a la pluralidad cultural y sus garantías a la más amplia libertad religiosa en el marco de un Estado laico, son un basamento clave para que la educación —en su sentido más abarcador— los difunda a lo largo y ancho del territorio nacional.